

Santiago de Chile, Domingo 14 de Julio de 1963

DESDE mediados de la centuria actual el hombre humano ofrece al aspecto, de día en día más turbulento, más proceloso, de los líquidos en ebullición. Algo patético va a producirse. El duelo entre la ciudad y el campo toca a su fin; la ciudad se impone y el hombre supercivilizado muere del agro y consiguientemente su vida —la verdadera— es, por momentos, más difícil. Perdidos la brújula y, fieles a su temperamento, esa emoción universal de fracaso la sienten con mayor intensidad los artistas. Vigüemos sus exposiciones, leamos atentamente los ensayos y novelas de los escritores más en boga, y descubriremos en todas sus producciones —libros, cuadros, poesías, música— un desenfado furioso de rumbos nuevos; el prurito de rebelarnos no importa contra qué; la necesidad de algo arbitrario, distorsionado, estridente, que nos lleve por horizontes de penumbra, todavía intonados. Y el mismo empuje que los más insignes científicos de hoy dedican a la conquista de la estratosfera y esa consigna subconsciente de fuga que nos acusa, (no parecen indicar que no nos sentimos seguros aquí y que queremos irnos...?)

Empero el negro pesimismo que nos envuelve, la ironía no ha muerto. De rato en rato aparecen espíritus directos, expectadores —nada más que eso, espectadores— de la vida, actitud que les coloca a cubierto de todo gran dolor, y que burlándose de lo mismo que compadece no deja que la sonrisa emigre del mundo.

En el reducido grupo de estos atencionales, agudos cultivadores del regocijo, situamos al chileno Enrique Araya, autor de la novela "La luna era mi tierra". Libro autobiográfico que un tal Eustaquio Arredondo declara, ya en los umbrales de la ancianidad, haber empezado a escribir "sentado frente a mi escritorio de noble americano adquirido al crédito en una casa de remates". Con cuya aclaración da a entender que llegó a viejo antes de poder salir de pobreza, frustración que atribuye a "su fatal manía de hacer lo que me debo".

Arredondo es un ciudadano encantador, conformista y sencillo; un hombre sin enredos, preclive, desde la cuna, al cómodo y pintoresco "dejarse llevar". Por cuanto es precisamente eso, su ausencia de carácter, su impersonalidad perfecta, lo que le otorga una personalidad sobre-

saliente. Como no padeciera ambiciones descomunales, todos los contratiempos desgranados a lo largo de su vivir baldío —incluido aquellos investidos de cierto dramatismo— tienen para él un matiz cómico. Nació feo. A los cinco años —dice— "mi cuerpo es flaco y la cabeza le queda grande"; y sus orejas, que crecían perpendicularmente, "semejaban aletas de pescado". Estos defectos, sin embargo, no le acarrean ningún complejo de inferioridad. Es nativamente alegre, le place jugar y su misma desgarrada figura le convierte en motivo de hilaridad. Llegado a la adolescencia, desdicha precocemente la cursilería del ambiente

Enrique Araya, Agudo Cultivador del Regocijo

Por EDUARDO ZAMACOIS

provinciano en que está; se burla, sin saña, de aquellas jovencitas pacatas que todo lo esperan del matrimonio, mientras aprenden a tocar el piano, y "que nunca lograron ejecutar sin tropiezos "El Danubio Azul". Y si habla de sus tíos don Emiliano, doña Josefina y doña Isabel, todos solterones y sencillos, les retratará diciendo que, además de los reclinatorios colocados al pie de sus camas, tenían otro en cada una de las quince iglesias que hay en el pueblo, y que "gran parte de aquellas oraciones se elevaban al cielo, desde los cuarenta y ocho reclinatorios, con el fin de solicitar un novio para su sobrina Julia, "colorrona incansable". Si, Arredondo se mofa un poco de todo, de sus primeros amores inclusive. Es un sin fin, aunque en lo más arcano de su Yo dormite un sentimental que se despierta cuando casualmente, vuelve, como buscándose, a una estación balnearia donde veraneó de niño, y no se encuentra, no se reconoce, porque "aquel era como un antepasado mío". Confesión que enciende una lágrima.

Ya casado y padre de familia, Eustaquio Arredondo, tempera-

mento friso "nacido para la filosofía, la literatura y las Bellas Artes", plegándose una vez más —lo que siempre hizo— a la voluntad de sus amigos, resuelve dedicarse a la agricultura. ¡No es la Tierra, la madre Tierra, el fontanar, jamás exhausto, de la salud y de toda riqueza...? Cien tan loable propósito adquiere un terreno pendiente, no consentirá ningún género de cultivo. Lo compra a plazos, sin verlo, sin saber lo que compra, y lo siembra de garbanos. Asimismo, y vislumbrando la posibilidad de cosechar ganancias cuantiosas, se mata a conejere; y sucede lo inevitable: que los conejos se comieron el garbanal. Finalmente, tras una sucesión inabarcable de pequeños fracasos, a cual más divertido, "sin un centavo en el bolsillo, hospedado en casa de la

suegra y cesante", el malparado piensa "que era llegada la hora de dedicarse a la política". Sus últimos años se dedicarán apasionados, tediados, estériles, en una oficina, pero sin desesperaciones ni rebeldías, porque Eustaquio Arredondo, no obstante darse acuada explicación de cuán grande es el vacío de su vida íntima, no se abate, no pierde su optimismo. ¡Para qué...?

Enrique Araya, novelista "de mares hondos", poseedor de un estilo terso, purgado de bojarascos retóricos y de vocablos desuados, y diestro en el arte, reservado a penas, de sorprender esa ironía sutil disimulada en el fondo de cualquier contratiempo, nos ofrece esta vez un libro que, entre chanzas y bromas, vale una lección. Enrique Araya, sonriendo, nos invita a sonreír. Gracias, Maestro.



Enrique Araya, agudo cultivador del regocijo [artículo] Eduardo Zamacois.

Libros y documentos

AUTORÍA

Zamacois, Eduardo, 1873-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1963

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Enrique Araya, agudo cultivador del regocijo [artículo] Eduardo Zamacois.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile